

VICTORIANO
SANTANA SANJURJO

MOLTADAS
[de literatura y...]
TRES



COLECCIÓN MERCURIO

100

III
MERCURIO
EDITORIAL

8

EN EL CÁLIDO HUERTO DE LANDERO²⁷

Luis Landero, *El huerto de Emerson*

I

Tres veces, tres —la de la calidez, la de la placidez y la del provecho—, me he acercado al bello huerto que Landero ha compuesto evocando las palabras que Ralph Waldo Emerson anotó en su ensayo *Confianza en uno mismo* (1841). Dicen así:

«Hay un momento en la formación de todo hombre en que se llega al convencimiento de que la envidia es ignorancia, y la imitación un suicidio; que un hombre debe tomarse a sí mismo como la porción que le ha tocado en suerte, para bien y para mal; que, aunque haya abundancia de bienes en el ancho mundo, no obtendrá más grano de trigo para alimentarse que el que él mismo se haya esforzado en cosechar en el bancal de tierra que le ha sido dado. El poder que reside en él es de una naturaleza inédita, y nadie más que él conoce lo que es capaz de hacer, o ni siquiera eso hasta que él mismo lo haya intentado».

Esta edificante afirmación del filósofo norteamericano sirve de toma de conciencia plena sobre el sendero que el extremeño nos muestra en su propósito de enseñarnos, con humildad y sabiduría, cómo aproximarnos al mágico fenómeno

27. Antes de la versión definitiva que ofrece este tomo, vieron la luz varias de diferentes extensiones en los siguientes periódicos: en *Noticias de Agüimes*, el 5 de enero de 2022; en *La Provincia*, el 29 de enero; y, el 15 de febrero, en *Infonorte Digital*.

de la escritura. Tres veces, repito, desde que viera la luz en febrero de 2021 este título de Landero, esta joya que ha nacido para ser uno de los más gratos vademécums con el que podemos contar quienes hemos hecho de la literatura y, por extensión, de los libros un modo de entender y dar sentido a nuestra vida. A las letras, la obra que nos ocupa vendría a ser lo que *El príncipe* de Maquiavelo a la política o *El arte de la guerra* de Sun Tzu a la milicia, por ejemplo.

En *El huerto de Emerson* (Tusquets) no veo tanto esa suerte de memorias puntuales, de trazos biográficos dispersos, de relato de lo vivido como en algunas reseñas he llegado a leer; y sí, en cambio, un muy lírico texto divulgativo acerca de la poesía que despliega su magisterio alrededor de los recuerdos del autor, que adquieren una significativa hondura cuando se vuelven metáforas con las que dar a entender las nociones y orientaciones que amalgaman los quince capítulos de este impresionante título, que giran todas en torno a los frentes que circundan la creación de textos y su recepción.

El tono entrañable, pausado, y la sencillez expresiva del discurso pueden conducirnos a la conclusión de que nos encontramos ante una obra ligera, simple, sin profundidad, pero no es cierto. Conviene hacer un pequeño esfuerzo para ir más allá de esa lectura superficial que determinan las anécdotas. Es imperativo ir tras ese encubierto guño que se percibe a poco que se ahonde en el contenido y que, bajo los subterfugios propios de una autobiografía, camufla con hechos circunstanciales lo que podríamos reconocer como lecciones que aspiran a mostrar cómo canalizar cuanto procede de la inspiración y de la voluntad por darle forma a través del lenguaje poético.

II

Todo comienza con un cuaderno vacío, limpio, blanco; con un espacio, en suma, lleno posibilidades que han de buscarse y, una vez halladas, organizarse para que fluyan adecuadamente. El área por donde la pluma trazará la ruta es un

páramo que solo podrá adquirir vida si, de entrada, anida en el propósito del autor que esta florezca. El deseo es el principio de la creación, mas no es suficiente. Voluntad es decir “quiero hacer”, pero el complemento directo que acompaña al verbo únicamente se puede atisbar con la inspiración, que tiende a sumergirse en el pasado cuando nada nuevo encuentra con independencia de si lo recordado es tal cual se nos representa o si, por el contrario, ofrece deformaciones propias de las recreaciones formalizadas al albur. De esto nos habla en “Tiempo de vendimia”, el primer capítulo, que funciona como prólogo.

Para escribir un libro («la cosa más natural del mundo», nos dice) solo hacen falta: por un lado, ganas de componerlo, fe ciega en uno mismo y un amor innegociable a la libertad; por el otro, tozudez y maña. Vamos por buen camino cuando empezamos a tachar y corregir, pues ello nos muestra qué no debe aparecer, con independencia de que no lleguemos a saber bien qué es lo que ha de estar en el lugar de lo revisado. Sufrir por los atascos y resolverlos gracias a la persistencia, la obsesión, la constancia... indica que el deseo lo puede todo y que el propósito de acabar lo iniciado en este punto se ha vuelto inevitable.

Pero en ocasiones la voluntad no es tan firme y llegan las dudas sobre las capacidades individuales que atesoramos y que deberían permitirnos llevar a buen puerto el navío de nuestra escritura a través del zozobrante mar de unas hojas en las que tesoros y monstruos submarinos conviven y, de algún modo, pujan por salir y por hacer lo posible para que el otro no lo haga. Es en este instante, cuando el yo se entrega a los brazos de la incertidumbre, donde tienen cabida las palabras de Emerson y de su huerto.

El segundo capítulo, “El viento en la vela”, ahonda en el valor de la singularidad como fundamento de la escritura. Estamos rodeados de estímulos significativos, de constantes mensajes encubiertos que pasan inadvertidos. «Las cosas no te hablan porque tú no te paras a escucharla», nos dice. Por eso, Landero insiste en la importancia de la concentración:

«No te disperses, concéntrate, embrida el pensamiento, no saltes de una cosa a otra, dejando todo a medio pensar. No puedes ir por el mundo como si zapearas en la televisión».

Desatender las particularidades del trayecto supone perder el carácter exclusivo del recorrido, aquello que permite considerar que nuestros pasos son diferentes a los del resto porque nos convierten en testigos de lo que otros no ven.

En “Un hombre sin oficio”, el tercer capítulo, el autor nos sitúa bajo la consigna de una voz indispensable en el quehacer literario: “verosimilitud”. Lo que parece ser y no es. Un trabajo que depende de la inspiración (la escritura poética, por ejemplo), ¿merece ser considerado un oficio, como sí lo son, por citar las dos profesiones que menciona Landero, la medicina o la ebanistería? Lo que da la impresión de ser y no es entronca con esa capacidad de «crear apariencias y hacer ilusionismo con las palabras» que el autor se atribuye y que formaliza a partir del bagaje de lecturas que posee, de las que conserva —como cualquiera de nosotros— «detalles, vislumbres y caprichos» y con las que mantiene —como cualquiera de nosotros también— un imperecedero vínculo. La memoria literaria es un repertorio de estímulos intelectuales que vamos acumulando y que, sin saber a veces cómo ni por qué, se trasladan en determinados momentos con mayor o menor amplitud y explicitud en las composiciones que nos ocupan. No olvidemos en este sentido que creación y recreación van siempre de la mano.

En la cuarta lección se aborda el propósito de trascender que anida en los escritores cuando aspiran a conseguir la obra que les sobreviva y las sensaciones (metaforizadas, por supuesto) que puede generar la percepción de haber cumplido con el objetivo de la “inmortalidad”. Para ello, se acude a una suerte de parábola: la historia de don Pache. Este hombre, que era labrador, ganadero y pastor, un día empieza a cuestionarse todo lo que le rodea y a preguntarse por el sentido de la vida. Percibe que su destino y el de sus hijos ya está determinado y no se prevé que vaya a ser mucho mejor que

el reservado a cualquier otro ser animal o vegetal: morir y ser olvidados. Poco a poco, se va consolidando en su entendimiento que hay un mundo fascinante e inmenso por descubrir. De manera inevitable, terminó mordiendo la manzana y comenzó a hacerse preguntas y a querer responderlas, y a empezar, como nos dice el narrador, «a sentir nostalgia de todo cuanto no conocía». Dado que no podía salir de su finca (su cárcel) porque debía garantizar el sustento familiar, halla la forma de que los viajeros (los que sí saben del mundo) vengan hasta donde está él. En aquel lugar tan solitario, montó una tienda de aceite y vinagre que tuvo mucho éxito; tanto que un día, con la embriagadora sensación de haber conseguido algo por lo que ser recordado, algo que de algún modo justificaba su existencia, tomó la decisión de suicidarse.

En el capítulo cinco, “El niño y el sabio”, Landero retoma las consignas que a comienzos de curso daba a su alumnado cuando era un docente de lengua y literatura en secundaria. Todas parten de una resignación (somos lo que somos y estamos como estamos) y una necesidad: fijar metas factibles, sin que ello deba presuponer que son fáciles, pues nada lo es; y desembocan en unos consejos para lograr encajar lo cotidiano dentro de las rutinas de escritura: percibir la vida como «una aventura irrepetible», entrenar la imaginación; cuestionarlo todo con el fin de aprender de todo y, en consecuencia, ser constantemente permisibles a las novedades: «contra la modorra de la costumbre, la vigilia del asombro». Insiste nuestro autor en la originalidad, a la que estamos condenados; y nos enumera los tres componentes esenciales para arar los huertos de la creatividad: lentitud, soledad y concentración.

Los “amores lánguidos” de Florentino y Cipriana, velados en sus castos encuentros por la abuela Frasca, la tía Cipriana y el autor cuando era niño, dan paso, en el sexto capítulo, titulado “Un noviazgo”, a una nueva parábola cuya interpretación orientó hacia la conveniencia de que haya un ambiente propicio para que la creación literaria sea posible. En el relato, el favorable entorno se refleja en la metafórica influencia que ejerce la luz en el ánimo: donde está presente, la

lengua fluye y, con ella, la vida misma; con la oscuridad llega el silencio,

«las palabras dan miedo, suenan extrañas, como huecas, como ruidos propios de animales más que de personas».

“Iluminaciones”, el séptimo capítulo, muestra al lector (a ese discente en poesía que concibo atento al maestro Landero) el enorme valor que atesora lo que se considera intrascendente cuando se concibe como un surco donde plantar los esquejes que florecerán en la obra. Para detectar esta cualidad de lo trivial conviene invocar el espíritu de curiosidad y asombro de la infancia; de ahí que, como nos recomienda el autor, sea aconsejable encontrar acomodo en la escritura, aunque sea «en calidad de polizón», el niño que fuimos. La anécdota sobre las palabras sentenciosas del tío Francisco que se narra en el episodio es un ejemplo de cómo, de repente, una situación en apariencia insustancial adquiere la capacidad de instruirnos de manera inopinada y de ubicarse de tal modo en la memoria que no solo no es posible el que nos olvidemos de ella, sino que además tampoco es evitable su exposición porque «si dulces son de por sí los viajes, más dulces y hermosos son aún los imaginados o los recordados», como nos señala nuestro autor, puesto que lo recreado es bello en tanto que se ajusta a lo que se desea revivir.

Una interesante observación orienta la enseñanza que encierra el capítulo ocho, “Hombres y mujeres”: establecer el alcance de lo práctico y de aquello que, por su oquedad, posee un valor relativo para la supervivencia en sentido estricto. Se adentra nuestro autor en una imagen de la utilidad o no del arte que conviene no desatender porque determina la actitud con la que se acomete el proceso creativo. Nos cuenta cómo, en su infancia, mientras iban y venían las mujeres,

«los hombres se ocupaban de los temas propios de su rango, que eran siempre graves, arduos y trascendentales, y que por eso precisaban de largas reflexiones, de hondas y lentas chupadas al cigarrillo, de resoplos y de suspiros, y de mucho cabecerar y removarse en la silla y derramar la mirada en el suelo».

De una manera sutil, nos va conduciendo Landero hacia una verdad que los jóvenes poetas, abrumados por el descubrimiento de la belleza que encierran las palabras, no llegan a captar en su plenitud: que la literatura se sostiene sobre lo vacuo en tanto que la supervivencia, ese día a día que nos mantiene vivos, exige pragmatismo, concreción en las decisiones, diligencia en las acciones; en suma, los pies en el suelo. Por eso, como señala nuestro autor, cabe establecer una analogía entre los géneros literarios y la actitud vital de los sexos: «En el gran libro de la humanidad, la épica era cosa de hombres y el costumbrismo de mujeres».

«Los hombres se ocupaban del porvenir, que era siempre incierto, en tanto que las mujeres vivían correteando por el presente, siempre ligeras y siempre laboriosas. Es más, si las mujeres sacaban tiempo para todo, a los hombres les ocurría que la vida entera les resultaba demasiado breve para llevar a cabo sus proyectos, de tan ambiciosos como eran, y que por tanto no merecía la pena intentar siquiera realizarlos, sino que era mejor pasar directamente a los lamentos y entregarse sin más a la melancolía de lo que pudo haber sido y que, por cosas del destino, por pura mala suerte, se quedó en ilusión, en humo, en sueño, en nada».

III

Si no pudiera disponer de *El huerto de Emerson* en su totalidad y me exigieran quedarme solo con algunas páginas, tengo claro cuáles serían: las que van desde la 149 hasta la 157, que son las que corresponden a la impresionante plegaria al señor de la invención y de la gramática, una extensa invocación para ahuyentar los fantasmas de la incapacidad y para solicitar, al mismo tiempo, el socorro permanente de las musas en la ardua empresa de componer una pieza afín a la que se gesta en nuestras voluntades. Es este un estremecedor y maravilloso rezо que, para las paganas huestes de Apolo, equivale al padrenuestro cristiano y que, a mi juicio, da sentido absoluto a esa visión de producto didáctico con la que contemplo este título.

Tras la plegaria, retoma en el décimo capítulo dos pérdidas ya indicadas en páginas anteriores del libro: por un lado, la

de esa capacidad para asombrarse de un modo singular que conlleva la adultez y, por el otro, la de apelar a la imaginación con el propósito de explicar lo desconocido y misterioso. Evoca en este episodio el Madrid que conoció cuando siendo un niño salió de su Extremadura natal para entrar a estudiar interno en un colegio religioso. Dos anécdotas del momento permiten el despliegue de dos interesantes planteamientos: el primero, que se fundamenta en el recuerdo de una singular familia que llamaba la atención por su manera de actuar, se centra en una pregunta sobre los límites entre la libertad expresiva que reclama toda manifestación artística y la burla abierta e intolerable; el segundo, por su parte, ahonda en la desaparición del don de ver el mundo con los ojos de la fantasía, como le pasaba a Landero, quien estaba convencido de que existían personas que habían conseguido la inmortalidad y que vivían sus vidas sin testigos y sin miedo a ser descubiertos. «Pero los tiempos han cambiado y ya no soy capaz de reconocerlos», confiesa resignado.

En “El viejo marino”, la undécima pieza, habla del interés que suscitan las novedades y cómo, una vez dadas, quien las ha compartido con la comunidad deja de ser objeto de atenciones. El que cuenta se encuentra sujeto a la obligación de tener siempre algo nuevo que decir, algo que asombre y maraville, algo que entretenga y que justifique la espera de su llegada. Esta necesidad de hallar lo desconocido para luego entregarlo condicionará su existencia. Será el precio que el poeta ha de pagar si desea ser recibido con toda clase de parabienes cuando publique algo distinto a su obra precedente. Ha de ser consciente de la efimeridad de la celebración; de que, acabada la fiesta y el regocijo, el homenajeado ha de emprender un nuevo periplo que le ha de posibilitar la adquisición de tesoros con los que poder regresar y volver a sentir, en el reencuentro, que es otra vez recibido con alegría.

El viaje literario del capítulo anterior encaja, en el duodécimo, “Mar desde el huerto”, con la declaración —que hago mí al ciento por cien— de la secreta condición sedentaria

del autor, lo que le lleva a preferir los trayectos que marcan las páginas de los libros a los de los medios de transporte. Coincido con él cuando afirma: «No me gusta viajar, pero me encantan los viajes, y en general prefiero soñar la vida que vivirla»; y no puedo dejar de defender a su lado el valor de la recreación como quintaesencia del ejercicio escritor:

«Después de viajar, me gusta, necesito soñar el viaje. Diríase que la experiencia vital no está completa hasta que no contamos o nos contamos lo vivido».

De eso va la literatura y de todas las variaciones que un mismo estímulo puede provocarnos a la hora de arar en nuestro huerto con lo único inexplorado que nos queda: los detalles, las honduras del alma y los secretos sueños de cada cual, como nos apunta Landero.

El antepenúltimo estadio de este amigable prontuario aborda lo que somos al ser contemplados por ojos ajenos. “Cuando éramos tan guapos”, el título del capítulo, nos muestra la relativa aceptación que hemos de tener hacia las valoraciones que recibimos, pues los gustos se alteran y las hermosuras que antaño perturbaban pasan a causar indiferencia y menguan las esperanzas que nos mostraban la luz. De un modo u otro, todo termina perdiendo lo que tuvo porque la realidad, hija de la experiencia, se impone y los años la aderezan de rutinas y desencantos que traen consigo nuevos enfoques. Ahí entra la lectura como refugio donde resguardarnos de las conexiones que no encontramos a nuestro alrededor; y como paraíso en el que es posible detectar la singular belleza de las cosas con la simple evocación que las resucita y no con los sentidos que las perciben al instante. En una confesión se sintetiza el espíritu de este apartado del libro: «A mí me ha gustado más soñar la vida que vivirla».

“Imposturas” es el penúltimo capítulo, el decimocuarto. A mi juicio, detrás de la figura del abogado Francisco Bermejo y de las dos revistas que bajo su dirección se elaboraban (*El Financiero* y *Relaciones financieras*) se esconde la imagen de alguien a quien le importa poco lo que publica: «Seguro que

el negocio estaba en otra parte, y a saber qué tejemanejes se traerían unos y otros entre manos», nos cuenta Landero. A mi juicio, en estas páginas se ocupa el extremeño de los editores y, de manera más concreta, de esa conciencia que poseen acerca de los espacios por donde según ellos han de transitar los autores y las obras que gestionan.

Las citadas publicaciones se realizaban en un piso que tenía dos zonas: una era la redacción, que ocupaban Landero y dos colegas; la otra era la parte noble y luminosa del inmueble (un lugar vedado). Este doble comportamiento del sitio viene a representar dos posiciones: por un lado, la que corresponde a lo que uno considera que es o pretenda dar a entender que es

(«En aquellos tiempos había que irse a París, como en peregrinación, tanto para ser escritor como sobre todo para parecerlo»)

y, por el otro, la que suele disponer la realidad editorial con independencia de la calidad o no del producto cultural.

La última lección, “Días de invierno”, que sirve de epílogo, es una hermosa pieza en la que se apela a una analogía que singulariza y une a cuantos ven en la creación literaria una necesidad: la universalidad del impulso; o sea, el que grandes autores (Cervantes o Lope de Vega, como apunta Landero) y otros medianos o chicos compartan el empuje que les conduce a llenar las hojas de sus cuadernos con lo que sea. Escribir por escribir, por apaciguar el instinto, por calmar el deseo de fijar lo que no se ha de olvidar. El mismo estímulo intelectual y artístico que movió al padre de don Quijote y no dejó quieto al que revolucionó las comedias con su arte nuevo es el que ha empujado a Luis Landero a componer las obras que ha firmado; y es idéntico (salvando las más que evidentes diferencias en talento, calidad y fortuna que me separan de los apuntados) al que me ha lanzado a elaborar esta escueta reseña.

Tres veces, tres —la de la calidez, la de la placidez y la del provecho—, me he acercado al bello huerto; con esta han sido cuatro. Esta última incursión es doble: por un lado,

porque es la de las “gracias” multiplicadas a su autor por este impresionante y embriagador vademécum poético; por el otro, porque es la de un “deseo” bibliófilo: que nunca me falten la cercanía con este libro ni la luz de estas hermosas páginas donde es posible aprender a soñar la vida.

CONTEXT● ^{TRES}	13
AGRADECIMIENTOS	37

SOLTADAS TRES

DE LITERATURA

- 1. El cervantino caso de *La viuda* de José Saramago**
[José Saramago, *La viuda*] 43
- 2. Entre Madeleine y Maud, clareando la bruma**
[Ángeles Alemán Gómez, *Maud Bonneaud-Westerdahl...*] 55
- 3. Cuidando el legado de los vientos**
[Víctor Álamo de la Rosa, *Trabajar en los vientos*] 65
- 4. Dos de tantos: los guirres de Víctor Ramírez**
[Víctor Ramírez, *Guirres sin alas*] 71
- 5. En la Matilla, donde *La hijuela***
[Marcos Hormiga, *La hijuela*] 81
- 6. Dos lecturas sobre Domingo-Luis Hernández**
[Domingo-Luis Hernández, *Veneno en el paraíso y Angostura*] 91
- 7. Otredades y miedos en el insectario de *Carcoma***
[Yurena González Herrera, *Carcoma*] 109
- 8. En el cálido huerto de Landero**
[Luis Landero, *El huerto de Emerson*] 117
- 9. Coordenadas alternativas para el siglo XX**
[Antonio Puente, *Para un imaginario del siglo XX...*] 129
- 10. Diarios domésticos del desamor**
[Rafael-José Díaz, *Duérmete, cuerpo mordido*] 139

- 11. Ese vivir sediento de Amélie Nothomb**
[Amélie Nothomb, *Sed*] 151
- 12. Para leer en la gran orilla de Ricardo Blanco**
[José Luis Correa, *Para morir en la orilla*] 163
- 13. En el jardín de Roco ocurrió...**
[Alexis Ravelo, *Los nombres prestados*] 181

| Alexis Ravelo, ante todo, buena gente, 190 |

- 14. Antonio Becerra, piedra en esta otra vida**
[Antonio Becerra, *En esa otra vida de la piedra*] 203

Y...

15. Un gestor administrativo de contenidos

[*Un docente y otros textos sobre educación*]

1. Teoría *vs.* práctica *vs.* experiencia, 217 | II. Renovación, 218 | III. 17 > inercia > 18, 219 | IV. Sobre lenguaje inclusivo, 220 | V. No a “señorita”, 221 | VI. Cantidad, ¿calidad?, 221 | VII. *Aurea mediocritas*, 222 | VIII. Deontología del juzgador, 223 | IX. Cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado..., 223 | X. Por válido lo que no hubo, 224 | XI. Segundas oportunidades, 225 | XII. Sobre la repetición de curso, 226 | XIII. Multa por absentismo, 227 | XIV. «El rey está desnudo», 228 | XV. Mayonesa para el pescado, 229 | XVI. Profesionales para la escuela, 230 | XVII. Una incuestionable educación: la infantil, 231 | XVIII. Responsabilidad lingüística compartida, 234 | XIX. Las intermitencias del suspenso, 235 | XX. Huecas huelgas, 236 | XXI. Sobre idiomas: imposición *vs.* elección, 238 | XXII. 6+4 *vs.* 10, 239 | XXIII. Si algo cambia, quizás todo cambie, 241 | XXIV. TIC cataplaf, 243 | XXV. Pro traductores, 244 | XXVI. Trabajadores públicos, ciudadanos privado-concertados, 247 | XXVII. Un docente. *Reload...*, 249.

16. Memorial de la pandemia

[*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]

1. No soy un héroe, 252 | II. Improvisación, 253 | III. Excedentes, 254 | IV. *Carpe diem* zoológico, 255 | V. Excesos contraproducentes, 256 | VI. Lírica bélica, 258 | VII. Detrás del bulo, 260 | VIII. Imbéciles por vocación, 261 | IX. Nada que celebrar, 263 | X. ¿Desobediencia, irresponsabilidad, maldad?, 266.

- 17. De la tierra** 269

18. El Hierro incommensurable

[Víctor Álamo y Alexis W., *El Hierro, la isla al principio*] 271

19. El altermundismo de Francisco Morote

[Francisco Morote Costa, *En clave altermundista*] 279

20. Marcelas todas

[*Pro Marcelas*]

Discurso de Marcela, 297 • I. Prólogo a este instante, 299 • APOTEOSIS DE LA SOLEDAD II. En el oropel de nunca jamás, 300 | III. Perdida juventud por la infamia, 301 | IV. Mujer sentada piensa..., 303 • INCONTINENCIAS DE LA COTIDIANEIDAD V. Sobre lo políticamente correcto, 307 | VI. ¿Irremediable involuntariedad?, 311 | VII. El orden de los factores, 313 | VIII. Monólogos en pena mayor, 315 • APOTEOSIS DE LA TRISTEZA IX. La caja, 321 | X. Platonismo, 322 | XI. La verdad, 324 | XII. El instante, 325 | XIII. Otra noche estrellada, 326.

21. Moiras apoteosis

[*Moiras chacaritas*]

APOTEOSIS DE LA SOLEDAD [EXPEDIENTE CLOTO] I. «Aunque muchas veces no lo siento...», 330 | II. Cóctel Molotov para una guerra posible, 331 | III. Metáforas, 331 | IV. Prioridades, 336 | V. *Memento mori*, 336 | VI. «A veces, cuando uno menos se lo espera...», 338 | VII. Teoría, 339 | VIII. Credo, 340 | IX. «He aquí la soledad del que ve caer sus células...», 340 | X. 18 de junio de 2010, 341 | XI. La circunferencia, 341 | XII. El hipócrita, 345 | XIII. «¿Qué os mueve, panda de zánganos...?», 346 | XIV. Las etapas de la muerte, 346 | XV. Renovaciones perversas, 348 | XVI. Elecciones, 349 | XVII. Desaconsejada consejera..., 349 | XVIII. «Ciudadanos, sé que nada debe ser más penoso...», 350 | XIX. ¿Qué hay de lo nuestro?, 351 | XX. El decreto, 352 | XXI. Miserables, 353 | XXII. Un dilema como cualquiera otro, 355 | XXIII. Cuestión matemática, 356 | XXIV. El organigrama, 356 | XXV. Del rey para abajo, todos "sabios", 360 | XXVI. Eruditos de Argamasilla, 362 | XXVII. Silogismos democráticos, 363 | XXVIII. Examen, 365 | XXIX. A vueltas con la honradez y la docencia, 366 | XXX. Lectura rima con tortura, 374 | XXXI. La tragedia de la lectura, 381 | XXXII. Mi infracultura, 382 | XXXIII. Punto absoluto, 387 • APOTEOSIS DE LA TRISTEZA [EXPEDIENTE LÁQUESIS] XXXIV. «Durante mucho tiempo, recibí en mi buzón...», 389 | XXXV. Primeras notas, 389 | XXXVI. «No hay historia más trágica...», 393 | XXXVII. Poética, 393 | XXXVIII. El archivo, 395 | XXXIX. El tramo, 397 | XL. «Fue la inocente angustia de los torbellinos...», 400 | XLI. Cayucos, 400 | XLII. Invierno en primavera, 400 | XLIII. Tango de los abrazos imposibles, 401 | XLIV. *Liebestod*, 403 | XLV. Atomatito rufián, 406 • APOTEOSIS DE LA MUERTE [EXPEDIENTE ÁTROPOS] XLVI. «En el último instante...», 407 | XLVII. Requiebros de la perfida Sadalonia, 407 | XLVIII. Prontuario de la Ínsula Barataria, 409 | XLIX. «Señor a punto de morir manifiesta...», 414 | L. «Ahora en Macondo está lloviendo...», 414 | LI. Contra Sadalone, 415 | LII. «No he cometido el crimen de existir...», 425 | LIII. A la primera vez que será la última..., 425.

22. Extra omnes III

Para un dios, un mensajero, 427 • WAR ENSEMBLE I. Para derrocar la no humanidad, 430 | II. Desarmar la realidad, 431 | III. *Quid pro quo?*

434 • DESCORTESÍAS, INDECENCIAS Y ESTULTICIAS I. Simplemente educación, 436 | II. Lucanores sin Patronios, 438 | III. Hay coños y coños, 440 | IV. Desazonar, 442 | V. El reverso de una broma escolar, 444 • AVISOS Y EMERGENCIAS I. No pasa nada, 446 | II. La democracia como límite, 449 | III. Derechización, 452 | IV. Devolver lo propio, 455 | V. Transfugismo en indecencia mayor, 459 • TRONO REPUBLICANO I. Lo que no se ha dicho del doce de octubre, 465 | II. ¿Qué pensará Leonor?, 467 | III. Felípicas: II^a de 2021, 471; y III^a de 2022, 484.

23. Decálogo sobre el libro impreso

[*Lecturas civiles*] 507

24. 36 años de un instante: C. P. León y Castillo, 1987-2023

[*Articulaciones*] 511

25. Leccionario de Átropos

[*Los cuartos y los finales*]

QUIPU 1 I. A una palabra que perdure más allá de la memoria..., 518 | II. A una palabra que perdure —continúo—..., 518 | III. Sucede, como siempre, porque siempre sucede..., 518 | IV. En la aislada isla de cada uno..., 519 | V. Lo que se necesita es dejar constancia por escrito..., 519 | VI. Conviene sortear los dos principales contratiempos de esta necesidad..., 520 • QUIPU 2 I. También es necesario determinar qué testimonios escritos..., 520 | II. El ejercicio exige cierta disciplina..., 521 | III. Pensemos en un individuo insignificante..., 521 | IV. ¿Quiénes escribirán las epopeyas de los mundanos?, 522 • QUIPU 3 I. Llegará. En algún momento, todo siempre llega..., 522 | II. Todos los años, en algún momento..., 523 | III. Como ya no hay señal que esperar..., 523 | IV. «¿Cómo será?», se preguntará aquél..., 524 | V. En la ambulancia, *homo habilis*..., 524 | VI. Cuando, como todos los años..., 524 | VII. Un sanitario me preguntará si estoy cómodo..., 525 | VIII. ¿Cuántos kilos de alimento...?, 525 | IX. «Mis cenizas?», se me ocurre preguntar..., 526 | X. La memoria es lo que permanece..., 526 | XI. Cuánto queda sin hacer..., 528 | XII. He llegado..., 528 • QUIPU 4 I. —Señor, ¿en qué puedo ayudarle?, 528 | II. Hasta aquí hemos llegado..., 533 | III. Enero, 30. Para cerrar la circunferencia..., 534 | IV. Sala de despertar..., 536 | V. ¿Cómo será después?, 537 | VI. No sé qué es vivir..., 538 | VII. A la Muerte imaginó tomando la palabra..., 538 | VIII. Si el destino y en lo que nos convertiremos..., 539 | IX. «Yo doy sentido a todo...», 540 | X. Dormir no es más que un recordatorio..., 540 • QUIPU 5 I. Llegará..., 541 | II. Ahora que ya he dejado de mirar..., 542 | III. ¿Cuándo toca morir?, 542 | IV. Ante los azarosos cuándo..., 543 | V. —Y queda determinar el quién..., 543 | VI. En la basura, siempre: en la basura, por favor..., 544 | VII. Tú, quien ha leído, asume..., 544 • EPÍLOGO , 544.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE SOLTADAS UNO, DOS Y TRES 545

—CONTENIDOS DEL TOMO UNO. RECUERDO—

DE LITERATURA

1. *El reloj de Clío, un espejo brillante para novelistas* [Emilio González Déniz, *El reloj de Clío*]
2. Sí, tienes que mirar y leer a Starobinets [Anna Starobinets, *Tienes que mirar*]
3. Textos paralelos para dar que pensar [Víctor Álamo de la Rosa, *Da que pensar*]
4. ¿Quién delató a Domingo López Torres? [Juan-Manuel García Ramos, *El delator*]
5. Un tío como espejo para políticos corruptos [Alexis Ravelo, *Un tío con una bolsa en la cabeza*]
6. Manual para salvar los libros que se perderán [Javier Sachez García, *Manual de pérdidas*]
7. Julia Gil, pasión y destrucción en medio del páramo [Julia Gil, *Tiempo de pasión, tiempo de destrucción*]
8. Escritores, un imprescindible... [*The Paris Review*]
9. ¿Malos tiempos para la lírica? [Osvaldo Guerra Sánchez, *Las siete extinciones*]
10. Muestras para un diccionario sadalónico [Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Despues (del) 19]
11. 20 quipus literarios y un poema desesperante
12. Para una historia teldense de la literatura canaria [VV.AA., *Letras a Telde, 1351-2001*]

13. Día de las Letras Canarias, manifiesto [*El tribuno. Revista bimestral de pensamiento*]
14. Para una despedida de Cervantes [*Demonios cervantinos / El Quixote sin don Quijote*]
Y...
15. De presiones prisioneros los docentes
16. Barrios [mundo mejor > mundo feliz] Orquestados [José Brito López, *B.O. Metodología musical desde lo social*]
17. Del mar tenebroso al océano afectuoso [Antonio Becerra Bolaños, ed., *Poesía atlántica*]
18. La Transición como prólogo y epílogo de un relato inconcluso [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*]
19. Donde las huellas, los caminos [Luis López Sosa, *Toponimias y antropónimias de Telde, t.1*]
20. Perenne San Gregorio
21. Samper Padilla. Ante todo, calidad humana
22. *Extra omnes I* [«Ego teológico»; «Lecturas civiles, una introducción»; «Entre redes: antidisturbios vs. antidemócratas»; «Una verdad republicana» y «Carta desesperada a un ángel prisionero»]
23. Felípica I de 2020
24. El camino hacia *Los cuartos* [*Los cuartos y los finales*]
25. Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y) [Cuestiones Objetivables Vislumbradas...]

—CONTENIDOS DEL TOMO DOS. RECUERDO—

DE LITERATURA

1. Lectura de una ternura: los caníbales de... [Víctor Álamo de la Rosa, *La ternura del caníbal*]
2. El gran evangelio de María Magdalena [Cristina Fallarás, *El evangelio según María Magdalena*]
3. Pildain desde una exquisita verdad ficcional [Juan José Mendoza, *A orillas del Guiniguada*]
4. Sombra de identidades. *El informe Silvana* de Sabas Martín [Sabas Martín, *El informe Silvana*]
5. Un heredero canario de Le Carré, Forsyth y Grisham [Christopher Rodríguez Rodríguez, *El lince*]
6. En Pasividad, el diablo anda disfrazado [Víctor M. Bello Jiménez, *Operación Ática. Bengoechea, caso I*]
7. En la finita infinitud del horizonte [Diana Fleitas Rodríguez, *Horizonte*]
8. Antologías: didactismo, deleite, homenaje y gratitud [Breve antología escolar de la literatura canaria]
9. Los descarrilados y las calidades literarias [Enrique Mateu, Artenara, «Infame esclavitud»]
10. Algo, no mucho, sobre lectura, literatura y educación
11. En el vademécum temporal de Miguel Ángel Sosa [Miguel Ángel Sosa, *Anatomía del tiempo*]
12. *Librorum prima civitas et sedes* [El hecho: «Pasado, presente y futuro del libro en Telde»; el recuerdo: «Enlitrado para la *prima civitas et sedes*»]
13. Sobre la denominación «literatura canaria» [Breve antología escolar de la literatura canaria]
14. Para una despedida de González de Bobadilla [«Preliminares a la paratextualidad; «Entre los desafectos y los afectos»; «Pastorilia» y «Consumatum est, Bernardo»]
- Y...
15. Un docente [Un docente y otros textos sobre educación]
16. Penúltimas lecciones escolares de 2020 [Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Despues (del) 19]
17. En el senado de los egos
18. Haz y envés de La Transición. Agüimes como referencia [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*], pág. XXX
19. Una brújula para la justicia y la memoria popular [Fernando T. Romero Romero, *La dictadura franquista en Agüimes a través de sus documentos (1939-1953)*]
20. Pérez Casanova, una oportunidad para no olvidar [Nicolás Guerra Aguiar, *La represión franquista contra Gonzalo Pérez Casanova*]
21. ¿Sobre dichos y modismos? «Pa'una cabra partía, un macho corcovao» [Luis Rivero, *Como dice el dicho*]
22. *Extra omnes II* [«Liberación»; «Mentira es y punto»; «Parlamento faliido»; «Patriotas y patriotas» y «Docentes públicos, ciudadanos concertados-privados»]
23. La ira [Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...]
24. Instantes [Pro Marcelas]
25. Más allá de más acá. Del tiempo: abscisa (X) [Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...]